

ZONA  
LIBRE

Andrea Ferrari

# LA NOCHE DEL POLIZÓN



Norma









**ZONA  
LIBRE**

**La noche del  
polizón**

**ANDREA FERRARI**

**Norma**

[mx.edicionesnorma.com](http://mx.edicionesnorma.com)

Bogotá, Buenos Aires, Ciudad de México, Guatemala,  
Lima, San José, San Juan y Santiago de Chile.

Ferrari, Andrea  
La noche del polizón. - 1ª ed. - Buenos Aires :  
Grupo Editorial Norma, 2012.  
160 p. ; 14x21 cm. (Zona libre)

ISBN 978-987-545-310-4

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Título.  
CDD A863.928 2

D.R. © Andrea Ferrari, 2011  
D.R. © Editorial Norma, 2012  
San José 831, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

D.R. © 2018, Educa Inventia, S.A. de C.V.  
Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, Colonia Acacias,  
Delegación Benito Juárez, Ciudad de México, C. P. 05240.

Reservados todos los derechos.  
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra  
sin permiso escrito de la editorial.

\* El sello editorial "Norma", está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V. a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Impreso en México - *Printed in Mexico*

Primera edición: abril de 2012  
Cuarta reimpresión México, febrero 2019

Edición: Natalia Méndez  
Coordinación: Daiana Reinhardt  
Diagramación de interiores: Daniela Coduto  
Diagramación de cubierta: Ariana Jenik  
Imagen de cubierta: donvictorio@o2.pl y Gary Blakeley / shutterstock images

SAP: 61082772  
ISBN 9789875453104

# 1.

Se despertó cuando el agua ya lo había cubierto casi por completo. Apenas quedaba afuera su cabeza inclinada, la boca buscando el aire con desesperación. En el mismo instante en que abrió los ojos se incorporó violentamente y la cama entera se balanceó, como un barco a la deriva. No pasaba nada, intentó tranquilizarse, solo un sueño, pero el ahogo seguía apretándole el pecho. ¿Qué hora sería? Volvió a moverse en la cama para alcanzar el reloj y desde abajo llegó el quejido malhumorado de Ahmed. Seis quince. Demasiado temprano, pero no tenía sentido tratar de



seguir durmiendo. Se puso la ropa que había dejado colgada del barral y saltó al piso.

El pasillo estaba horriblemente helado, aunque desierto. Era la ventaja de madrugar tanto: no tenía que esperar turno para el baño. En el espejo su cara le desagradó. Las rayas bajo los ojos, el pelo pegoteado. ¿Por qué se veía tan mal cuando finalmente había llegado el día? Mientras esperaba que el agua se calentara, se quitó el reloj y volvió a chequear la hora. Seis veinticinco. Se preguntó qué estaría haciendo Momo. ¿Sentiría el mismo nudo en el estómago? ¿Habría mirado ya mil veces su reloj? Aunque, pensándolo bien, seguramente no tenía reloj.

Ahora iba a concentrarse en qué decirle primero. Porque no podía perder el tiempo con cualquier cosa. Le habían avisado que las líneas eran malas, que la comunicación podía cortarse y entonces era necesario limitarse a lo importante.

-Lo im-por-tan-te.

Así lo había dicho la mujer gorda de la Cruz Roja, separando innecesariamente las sílabas. ¿Pero qué era lo importante? ¿Lo más importante? Karmo sintió que el malestar se deslizaba por su pecho junto al agua tibia, hasta instalarse en el estómago.

Tenía miedo de hacer las cosas mal, eso era. De quedarse mudo con el teléfono en la oreja y perder la oportunidad. Aunque si eso pasaba, podía mirar el cuaderno, en el que había anotado algunas cuestiones básicas. Preguntas que tenía que hacerle. ¿Pero si no reconocía su voz? ¿Si no se entendían? ¿Si se ponía a

llorar? Cuando cerró la canilla las manos le temblaban. Era increíble, después de todo lo que había pasado, ponerse así por un llamado.

Hacía quince días que no pensaba en otra cosa. Desde que la gorda de la Cruz Roja le dijo a Dalma que necesitaban verlo porque tenían novedades importantes. En los dos años pasados desde que había llenado los papeles era la primera vez que querían hablar con él. Y además personalmente. Eso le había sonado a mala noticia.

–¿Por qué personalmente? –le había preguntado a Dalma.

–No sé, Ka, pero no te preocupes. Va a estar todo bien.

Mientras esperaban en esa sala grande cubierta de alfombras, Dalma le había apretado la mano. Él quiso decirle algo, pero no pudo. Tenía una sensación extraña, como si una piedra le atravesara la garganta. Es que lo de *personalmente* le había sonado a muerte. Que lo habían liquidado a Momo. Por eso el corazón le saltaba desquiciado en el momento en que la gorda les dijo que entraran a su oficina.

Se había parado en la puerta para dejarlos pasar. Alta, rubia, enorme. Lo miraba fijo mientras le hablaba se-pa-ran-do las pa-la-bras así, aunque él ya le había dicho que entendía bien el castellano. Pero sonreía. Y si sonreía, intentó convencerse, no podía ser tan malo. Al fin lo dijo.

–Lo en-con-tra-mos a Mo-mo.

Así supo que su hermano estaba vivo.

Seis cuarenta. Recogió sus cosas en el baño y se dirigió otra vez a la habitación. Lo primero, entonces, ¿qué sería lo primero? Preguntarle dónde vivía, si iba a la escuela. Cuántos años tenía. No, nadie empezaba una conversación con el propio hermano preguntándole la edad. Abrió la puerta tratando de ser muy silencioso pero, mientras recogía su taza y el paquete de té, su pie dio contra algo que no debía estar ahí, una lata quizá. Ahmed levantó la cabeza y soltó un insulto.

Susurró una disculpa mientras salía. Siempre era igual. Había demasiadas cosas en esa habitación mínima. Guardaban todo ahí, para evitarse los robos de la cocina. Plato, cacerola, comida, todo en pilas cerca de la cama. Pilas de comida, de ropa, de objetos. Y luego estaba la cama misma. Quizá no haría tanto ruido si le hubiera tocado la de abajo, pero era imposible moverse arriba sin que chirriara. *Camas marineras* las llamaban acá, un nombre que quizá con mejor humor le hubiera parecido gracioso.

Ahmed decía que no se podía vivir con él por el ruido. Como si lo hiciera a propósito. Algunas veces se habían agarrado a golpes por ese asunto y entonces habían hecho más ruido y alguien de la habitación de al lado había golpeado la pared, haciendo todavía más ruido, y así el asunto había crecido hasta que el encargado amenazó con echarlos.

Dormía poco y mal, eso era cierto. El problema era que el sueño no venía. Y cuando venía, traía pesadillas. *Una* pesadilla, en realidad, porque siempre era la misma. El mar entraba al hueco, una masa de agua

que no había cómo frenar y que iba subiendo hasta taparle las piernas, el cuerpo, la cara. Lo oía claramente: un ruido cada vez más y más fuerte, las olas rugiendo dentro de su cabeza. Se despertaba enloquecido, con la sensación de que estaba a punto de morir. Y ni siquiera entonces el mar se calmaba. Tenía la sensación de que el colchón se movía, como si lo golpearan las olas. Por eso era imposible volver a cerrar los ojos.

Pero tenía que concentrarse en la conversación. Lo primero sería el saludo. Decirle que llevaba mucho tiempo buscándolo. Preguntarle si se acordaba de él. Aunque no, convenía no empezar por los recuerdos, porque por ese camino podían terminar donde menos quería. Mejor el presente. La escuela, por ejemplo. ¿Y si no iba a la escuela?

En la cocina se topó con Tito Crespi, el encargado del hotel, que estaba preparándose un café con leche. Era un tipo habitualmente desagradable, que no hacía más que quejarse de ellos, pero quién sabe por qué, ese día tenía ganas de conversar.

—¿Ahmed, no?

No era posible que se los confundiera siempre. ¿Lo haría a propósito?

—No, Karmo.

—Ah, Karmo. Es que son parecidos.

Lo único parecido era el color de piel, le hubiera respondido, pero se limitó a sonreír mientras ponía el agua a calentar.

—¿Frío, no?

–Ajá.

Quería que se fuera pronto y lo dejara pensar, pero el tipo seguía parado con la taza en la mano, dándole mínimos sorbos a su café con leche.

–¿Estás trabajando?

–Sí, en el lavadero.

Mejor se iba él. Volcó el agua caliente en la taza en la que había puesto el saquito de té, recogió sus cosas y saludó con la cabeza. Lo iba a tomar en la escalera. Entre el primer y el segundo piso había un descanso con un escalón ancho. Al menos ahí nadie lo miraba. Se sentó y revolvió el té, mientras soplaba suavemente. Había pensado en abrir el paquete de galletitas que tenía en la bolsa, pero se dio cuenta de que no valía la pena: se le había cerrado el estómago. ¿Qué comería Momo en el desayuno? Lo que le iba a preguntar era si estaba bien viviendo con Mawa o si tenía ganas de irse a otro lado. Aunque quizás era demasiado pronto para eso.

Siete cero cinco. Era hora de ir a lo de Gustavo: iba a recibir el llamado en la casa de él. Se lo había ofrecido cuando Karmo le contó cómo era todo el asunto y aceptó sin pensarlo ni dos segundos. Cualquier lugar era mejor que el hotel.

Todo iba a resultar bien, se dijo mientras buscaba el abrigo, no tenía por qué estar tan nervioso. Cuando salía sintió que el estómago le bailaba. Quizá no debía haber tomado el té.

## 2.

El colectivo llegó enseguida. Sacó el boleto y se dirigió al fondo del coche, cerca de la puerta. A medida que avanzaba sintió, como siempre, las miradas de la gente en su cuerpo. Curiosas, desconfiadas. A veces las sostenía, hasta que algunos desviaban los ojos. Pero no hoy. Era un día en que no quería dejar que nada lo distrajera.

Ocho diez. Cincuenta minutos más y podrían estar hablando. ¿Estaría viajando también él? Le habían dicho que vivía en un pueblo cerca de Monrovia y que iban a llevarlo a las oficinas de la Cruz Roja para hacer el llamado. Quizás en ese momento estaba

dentro de un coche, saltando con un pozo del camino. Lo habían encontrado, le explicaron, porque vivía con Mawa y el nombre de ella apareció en alguna lista de personas que buscaban a otras personas. Entonces una mujer de la Cruz Roja fue hasta la casa y ahí estaba él. Karmo llevaba días tratando de imaginar la situación: la mujer llegaba, se sentaba y empezaba a explicarle que su hermano lo estaba buscando desde la otra punta del mundo. Pero no podía. No por ella (la imaginaba igual a la gorda rubia, pero más oscura), sino por él. Cinco años era mucho tiempo para un chico. ¿Cómo era Momo ahora?

Sí, iba a tener que preguntarle la edad. Cuando llenó los papeles y cada vez que lo interrogaron les explicó que no estaba seguro, que allá la gente no se fijaba tanto en edades y fechas, pero lo miraron con incredulidad. ¿Cómo que no sabía la edad de su hermano?, decían sus miradas, como si sospecharan algo raro. Si él tenía diecisiete, su hermano tendría... doce, afirmaba a veces. Otras pensaba que no, debían ser ya trece. ¿O quizás once? Pero al separarse, le preguntaron, cuando todo empezó, ¿qué edad tenía él? Ocho, dijo. O siete. Igual no había mucha diferencia.

¿Recordaría Momo ese día? Los recuerdos eran una cosa extraña. A él a veces lo asaltaban en la mitad de la noche. O iba caminando por la calle y de pronto algo, una cara, un ruido, hacía que todo volviera de golpe, como un martillazo en medio de la cabeza. Algunas veces le gustaba acordarse de todo y otras hubiera preferido meter la historia bajo muchas capas de

tierra y saltarle encima. Pero lo que verdaderamente le importaba era si Momo se acordaba de él. ¿Había esperado volver a verlo? ¿Lo daba por muerto?

La mujer de la Cruz Roja intentó prepararlo para todo. Primero había que preguntarle a Momo si quería recibir el llamado, le advirtió. ¿Cómo no iba a querer? Si era su único hermano. Pero ella sacudió su cabeza rubia y dijo que había recuerdos demasiado dolorosos y alguna gente prefería no sacarlos.

No, seguro que no iba a negarse. Estaría sorprendido, eso sí. ¿Argentina?, seguramente había repetido incrédulo cuando le contaron. Quizá le habían mostrado un mapa, igual que a él.

Fue pocos días después de llegar. Dalma lo desplegó sobre una mesa, puso su dedo en Liberia y después lo fue bajando por la parte celeste, casi hasta el final.

–Esto es Argentina –dijo–. Acá estás.

A él lo había puesto triste darse cuenta de que había ido a parar al final del mundo. Más abajo solo quedaba el mar.

Ocho veinticinco. Ya casi llegaba: era la siguiente parada. Por la ventanilla podía ver adelante el edificio de Gustavo, un bloque enorme de quince pisos. Contó hasta el décimo, pensando que quizá lo veía en el balcón, una figurita junto a las plantas que casi nunca regaba, pero no, seguro que estaba desayunando.

Gustavo vivía solo desde que se había peleado con la novia. Algo que, aunque le daba un poco de culpa



pensarlo, seguramente lo había beneficiado a él, porque estaba bastante desocupado y lo invitaba muy seguido a su casa.

Se habían conocido en la Comisión, donde Gustavo enseñaba español. Al principio Karmo no le hablaba, pero no era una cosa con él, simplemente no le hablaba a nadie. Su época gris. Muda. Después se soltó y Gustavo dijo que avanzaba más rápido que nadie. Exageraba, seguro. Aunque ya no era su alumno, lo invitaba para que practicara. Que se perfeccionara, decía, era necesario. Lo más seguro es que todo eso tuviera que ver con el favor que le hizo una vez y que tanto le agradeció. Demasiado.

Claro que era por eso que ahora tenía un lugar adonde recibir el llamado. A la gente de la Cruz Roja le había dado los dos números: su celular y el teléfono de Gustavo. Así que iba a estar atento a ambos. De solo pensarlo el estómago se le volvió a endurecer. No iba a escuchar música, decidió, porque tal vez no oiría el ring y si lo perdía por distraído.... Si lo perdía se mataba.

Ocho treinta y dos. Ya estaba frente al edificio. Por el portero eléctrico, Gustavo dijo que enseguida bajaba a abrirle. Dos o tres minutos era lo que solía demorar en el ascensor. Quizá cinco. Ocho treinta y tres. Tenía que dejar de mirar el reloj o se iba a volver loco. Le habían dicho que el llamado sería después de las nueve, pero no cuánto después. Allá las cosas seguían siendo difíciles, le recordaron, la mitad de los días no tenían luz ni agua y las líneas de teléfono se rompían a cada rato.

Además, estaba la cuestión del tiempo. El tiempo allá y acá eran cosas totalmente distintas. Le había costado acostumbrarse. Porque allá uno podía decir voy más tarde y estaba todo bien, pero acá no: estaban obsesionados con las horas, los minutos y los segundos. Si uno quedaba a las tres y llegaba a las cinco lo miraban muy mal. Eso le iba a decir a Momo en cuanto decidiera venir a la Argentina: que había que tener un reloj.

El suyo se lo había regalado Lucía. ¿Le hablaría de Lucía? Más adelante, quizás. Eran demasiadas cosas juntas.

Ocho treinta y cinco. Gustavo ya estaba abriendo la puerta.



### 3.

En la sala había un sofá verde en el que entraban, un poco apretadas, tres personas. Dos sillones más chicos. Una mesa baja de madera donde apoyó el celular. Una alfombra gris. Gustavo decía que los muebles estaban viejos y tenía que cambiarlos, pero a él le parecían perfectos. A un lado, entre los libros de la estantería, estaba la foto de sus dos hermanos, que vivían lejos. En el norte, le había dicho. La chica se le parecía: pelo oscuro, boca grande. Mostraba los dientes al reírse. El tipo, en cambio, era mucho más alto y se veía un poco molesto, como si hubiera querido estar en otro

lado. Antes había otra foto junto a esa, de Gustavo y la novia, pero había desaparecido.

Miró el teléfono, a un costado del sofá, para confirmar que estuviese enchufado. Levantó el auricular, escuchó el tono y volvió a colgar. Quizá Momo estaba mirando un teléfono parecido y ahora, en este mismo instante, su gorda empezaba a marcar el número. Quizá sentía una presión en el estómago, igual que él. La náusea había crecido en los últimos minutos. ¿Y si le daban ganas de vomitar justo cuando sonaba? ¿Debería traer un balde?

Había conversado sobre el llamado con Gustavo antes de que se fuera al trabajo. Cuando llegó estaba tomando mate con bizcochos. Karmo rechazó el ofrecimiento: el estómago, le había dicho. Prefirió no recordarle que el mate le parecía horrible. Era algo que había aprendido: en Argentina a la gente no le gustaba que uno criticara el mate. Creían que ese líquido amargo que chupaban por un tubo era muy especial. Iba a tener que avisarle a Momo que no lo rechazara. Al menos no al principio.

Qué era lo primero que iba a preguntarle, había querido saber Gustavo y él se había sentido mal otra vez. Las cosas normales, respondió, y le mostró el cuaderno con la larga lista de preguntas. Demasiado, demasiado, sacudió la cabeza Gustavo. Un poco cada vez. Y, antes que nada, tenía que pedirle un número, una dirección. Aunque fuera de un vecino. No quedarse con las manos vacías si se cortaba la comunicación.

Tenía razón, había que ordenar las ideas. No parecer un loco. Lo primero, entonces. ¿Pero qué era lo primero?

Ocho cincuenta y nueve. En un minuto más podía llegar el llamado. Igual, tenía todo el día. En realidad a esa hora él debía estar trabajando. Había conseguido un puesto en el lavadero de autos cinco meses atrás, gracias a Dalma. Tener trabajo lo hacía sentirse distinto. Importante. Claro que no era el lugar ideal, pero a fin de mes le pagaban y eso era lo que contaba. Lo más difícil era el invierno, porque había que estar todo el tiempo en contacto con el agua helada y se congelaba. Odiaba el frío. Antes de llegar a este país, él no sabía lo que era realmente tener frío. Aunque quizá sí, en el barco. Pero era acá donde había usado ropa de abrigo por primera vez. Bufanda, guantes. Y, aunque no se lo había dicho a nadie, en los días más helados se ponía unas medias gruesas de mujer debajo del pantalón de trabajo. Quizás a Momo se lo iba a decir.

Venía cumpliendo: en los cinco meses que llevaba en el lavadero no había faltado nunca. Y dos veces había trabajado los domingos, aunque no le tocaba. Así que el lunes, cuando se enteró del asunto del llamado, había decidido pedir un franco. Los compañeros se lo habían explicado: un franco era un día que uno faltaba, pero con permiso. Buscó al jefe, uno al que le decían Don Luis. Un viejo de nariz grande y poco pelo. Lo ponía nervioso hablarle, así que no dio vueltas y lo dijo de una vez: necesitaba el franco. El tipo arrugó la nariz.

–¿Franco? ¿El jueves?

–Sí, trabajé dos domingos.

–Pssss –dijo (era un sonido que hacía todo el tiempo, sobre todo si algo le molestaba)–. ¿Y justo el jueves?

Lo dijo como si los jueves hubiera dos kilómetros de autos esperando para ser lavados, pero en realidad eran días tranquilos. El problema era que a él no le gustaba dar francos.

–Es importante.

–Psss. Importante. Está bien. Pero que no se te haga costumbre.

Karmo no le preguntó si no se le tenía que hacer costumbre tener cosas importantes, pedir francos o pedirlos los jueves. Igual le daba lo mismo.

Desde ese día estaba escribiendo cosas en el cuaderno azul. Cosas que le iba a preguntar a Momo. Gustavo dijo que también le tenía que dejar preguntar a él, que querría saber todo.

No había pensado en eso. ¿Tendría muchas preguntas? Seguramente iba a querer saber cómo había llegado hasta ese país del fin del mundo. Y esa era una historia muy larga. Casi nunca la contaba. O contaba solo una parte. Y a veces mentía. Pero a él, a su hermano, le iba a decir todo. Bueno, quizá no todo.

Tenía que aprovechar el tiempo ahora y pensar qué le iba a contar y cómo. Primero iba a ir al baño. Nueve veintiocho. Seguro que no iba a llamar justo en los siguientes dos minutos. Por las dudas, dejó la puerta abierta.